

Urbanizacion e Ciudadania

**Jose Luis Bizelli - Universidade Estadual
Paulista UNESP - Araraquara - SP - Brasil**

Texto presentado en la reunion de la Latin American Studies Association, Continental Plaza Hotel, Guadalajara, Mexico, 17-19 de Abril de 1997

Pensar, conceptuar, formular, comprender, entender, o lo que sea consiste no en acontecimientos fantasmagoricos en la cabeza, sino en combinar los estados y procesos de los modelos simbolicos con los estados e procesos del mundo mas amplio ...

Clifford Geertz

Introduccion

Las cuestiones con las cuales voy a trabajar en este texto vienen acompanandome hace algun tiempo y, por lo tanto, los datos de realidad aqui contenidos constaban ya en trabajos presentados en otros Congresos(1).

Vivimos cada vez mas enmaranados en una paradoja provocada por la escision existente entre la facticidad, los hechos producidos por el mundo vivido, y la validez, aquello que acaba siendo materializado en el discurso normativo. Esta paradoja presenta la ciudad como lugar donde, aprisionados por lo cotidiano, los habitantes, envueltos en el desafio de la construccion de las condiciones sociales de existencia y divididos por ellas, buscan formas de convivencia que no siempre son pacificas.

La demarcacion de esta paradoja posibilita un instrumento de analisis capaz de profundizar en la reflexion sobre, en el campo economico, la actitud del trabajador frente a la exclusion social, desencadenada a partir del paro estructural que aflige a las economias capitalistas; y, en el campo de la politica, la percepcion del valor del ciudadano comun frente al discurso de la Democracia instrumentalizado por el sistema politico.

Al analizar el juego que se establece entre los diferentes agentes sociales en el proceso productivo, es posible percibir que las reglas de la globalizacion economica han transformado el modelo de la acumulacion capitalista, acarreando consecuencias desfavorables para el papel regulador de los Estados Nacionales. Esta discusion ocupara la primera parte de este trabajo.

Los reflejos de la reestructuración del modelo de acumulación capitalista pueden ser sentidos en las ciudades de todo el mundo. Países, desarrollados o no, sufren el efecto del desempleo estructural, agravado por movimientos migratorios, internos e externos. Dos paradojas fundamentales, una política y otra económica, imposibilitan los actores urbanos imprimir racionalidad objetiva en la lógica de sus trayectorias posibles. La ciudad, por tanto, como puerta de acceso a muchos de los derechos del ciudadano pasa a ser la base material de estas paradojas en la cual la sociedad ofrece todas las facilidades modernas a sus miembros pero impide que la mayoría de ellos tenga condiciones de adquirirlos. Estos puntos presentados componen la segunda parte del trabajo.

El Brasil no escapa al escenario construido en las líneas anteriores, particularmente del escenario vivenciado por el grupo conocido como Tercer Mundo que, después de haber realizado su desarrollo a partir de los años 70, a través de endeudamiento externo, tuvo que ajustarse a la economía globalizada de los años 90. Las características más específicas del caso brasileño, relacionadas con su entrada retardataria en el reparto de las inversiones de capital externo en bolsas o a su proceso de democratización, van a componer la tercera parte del texto.

Para concluir, retomaremos la discusión de la ciudad considerada como espacio en el cual actores buscan sus identidades, en el cual aparecen de forma concreta las contradicciones de un sistema económico basado en la exclusión creciente de parcelas de la población, exclusión esta que pone en discusión los Estados Nacionales que vienen perdiendo su capacidad de gestión frente al proceso más general de globalización de los mercados capitalistas y las consecuencias de esta lógica para la construcción de nuevas identidades colectivas en el espacio urbano.

Capitalismo, globalización y papel de los Estados Nacionales

Para entender el proceso de globalización del capitalismo moderno tendremos que volver al final de la Segunda Guerra Mundial en Bretton Woods, New Hampshire, donde representantes del liderazgo económico del mundo occidental propusieron la creación de un sistema internacional de control de tasas de cambio, de ajustes en el balance de pagos y en el stock de reservas monetarias.

Allí se creó el International Monetary Fund (FMI) y el International Bank for Reconstruction and Development, con el objetivo de intentar controlar el sistema financiero internacional a través del préstamo de recursos administrados por estos organismos, con entradas reguladas por los Bancos Centrales de cada país.

En realidad, Keynes y Dexter White defendieron la creación de organismos suficientemente fuertes para que funcionasen en el control de ajustes monetarios internos, facilitando el crédito a los países con déficit e sancionando a los países con superávit, manteniendo a las economías nacionales en el camino de la plena ocupación laboral.

Este sistema es frágil en función de los intereses americanos que orientan la acción del FMI para regular la liquidez e prestar al Federal Reserve (Fed). A mediados de los años 60, los Estados Unidos comienzan a emitir dinero para cubrir los déficits públicos creados en el gobierno Kennedy por el Vietnam. Esta medida significaba exportación de inflación en dólar. Al mismo tiempo, las operaciones de préstamos e de depósitos pasan a escapar al control de los Bancos Centrales.

En 1971 el Presidente Nixon suspendió la convertibilidad del dólar en oro poniendo en peligro los principios que sirvieron de directriz al acuerdo de Bretton Woods. Además, se desvaloriza el dólar en 10%.

A partir de 73 las principales monedas fuertes -- dólar, marco alemán y yen -- pasaron a fluctuar según las fuerzas de mercado, dosadas por intervenciones puntuales de los Bancos Centrales, en un año marcado aun por la crisis del petróleo, que aumenta la pérdida de la capacidad de intervención americana en el juego monetario. Ya en 79, los Estados Unidos aumentan sus déficits público y comercial, elevando tasas de intereses, desestabilizando tasas de cambio, creando fuerte inestabilidad en el sistema monetario internacional y enterrando los preceptos de Bretton Woods.

El ambiente económico en que se acelera la globalización, a partir de los años 80, es por lo tanto un ambiente de desreglamentación de los organismos internacionales, abriendo camino para que los capitales privados, extremadamente volátiles, pudieran operar en los mercados internacionales. El FMI no consiguió proteger a los sistemas monetarios de los países miembros contra los capitales especulativos, pero no dejó de intentar aplicar recetas económicas a los países emergentes.

Los años 90 trajeron modificaciones al sistema de funcionamiento de los mercados "emergentes". Con la caída de las tasas de intereses en los Estados Unidos, los capitales financieros internacionales de corto plazo pasan a buscar inversiones en países como México y Argentina, contribuyendo al equilibrio de su balance de pagos. Hay una diferencia entre las aplicaciones del smart money y de los préstamos contraídos por las economías emergentes al fin de los años 70 y comienzo de los 80. Este smart money puede, con gran facilidad, retirarse ante cualquier señal negativa de la coyuntura nacional.

De todas maneras, la idea de una sociedad conducida por un Estado motor del desarrollo está siendo abandonada, como no se cansa de propalar el neoliberalismo.

El modelo del Welfare State Keynesiano, mantenido con éxito después de la Segunda Guerra en diversos países, modelo en el que el Estado democrático capitalista se transformó en el agente legítimo capaz de regular la competencia, está descartado. En este modelo la competencia por la riqueza creada socialmente, se desplazaría desde el ámbito de la economía hacia el campo de la política (Offe, 1983). Este es el paradigma que entra en crisis profunda en los años 80, crisis que está emblemática por las posiciones asumidas por los gobiernos Thatcher en la Gran Bretaña y Reagan en los Estados Unidos.

El objetivo central de la crítica neoliberal es el Estado en su actuación como agente de redistribución de la renta a través de políticas sociales. El sector público pasa a ser acusado de destruir la ética del trabajo, interfiriendo en las reglas del mercado de mano de obra, asfixiando a la clase media con impuestos y procesos inflacionarios, creando una burocracia improductiva que agrava los problemas que se propondría resolver.

Paralelamente, el discurso neoliberal procura restringir la participación del Estado en las cuestiones que se refieren a la regulación del mercado de trabajo. Como observa Altvater (1993), la tendencia actual de globalización del capitalismo a través de una nueva fase de acumulación, basada fundamentalmente en las tasas de intereses internacionales, acarrea problemas concretos en las relaciones laborales que todavía están en el ámbito de actuación de los Estados Nacionales.

Los cambios en el modelo industrial de las décadas de 80 e 90, se hicieron a través de la revolución por la administración, en la cual las innovaciones de proceso (JIT, TQM, TOC, Reingeniería) preponderaron sobre las innovaciones de producción. Al mismo tiempo en que el proceso de acumulación pasa a ser controlado no solo por la tasa de lucro sino también por la tasa internacional de intereses, se va tendencialmente racionalizando la administración de la producción, liberando contingentes de trabajadores.

Este modelo causa un impacto más negativo en el Tercer Mundo, ya que este entra en los años 80 teniendo que honrar los compromisos de la reformulación de su parque industrial, hecha a costa de endeudamiento externo. En las empresas, públicas y privadas, esto significó una contención con fuerte presión sobre los costes del trabajo.

Los resultados de este cambio estructural en el modelo de acumulación acarrearán la flexibilización de la producción y de las relaciones de trabajo. Por un lado, es posible acompañar lo que se ha llamado proceso de desindustrialización, en el que hubo una desvalorización del sector industrial frente al sector terciario, representando un aumento de los empleos desimportantes -- relacionados con los servicios de hotelería, lavandería, empresas de limpieza, comercio al por menor, trabajo doméstico privado, esferas de atendimento social, etc.

Por otro lado, el impacto de esta terciarización, agravado por la tendencia a la informatización y por la migración de mano de obra, provocó una desformalización e informalización de los mercados de trabajo. En realidad, el proyecto de flexibilización incrementó la economía sumergida, el trabajo ocasional, el trabajo adicional, el trabajo ilegal. Las relaciones de trabajo que, en el sector industrial, ofrecían cierta estabilidad a la mano de obra, como resultado de luchas sindicales históricas, pasan a ser regidas por la inestabilidad y por la corta duración.

Así, en un primer escenario, el Estado Nacional es atacado en el campo económico al ver disminuida su capacidad de reglamentar las políticas económicas; y, en un segundo, ello resulta incapacitado para ejercer la regulación de las relaciones sociales.

Se critica el tamaño del aparato necesario a la supervivencia de estas funciones estatales. Sin embargo, políticamente, es preciso continuar afirmando, en el discurso, la importancia del papel de la competición partidaria en la mediación de los conflictos entre los diversos sectores sociales, inclusive porque cada trabajador es un elector. Así se enaltece la Democracia que con la quiebra económica del socialismo real, pasa a representar la fórmula civilizatoria en el campo de la Política.(2)

Esta configurado así el cuadro con el que nos enfrentamos: por un lado, el juego económico que nos impulsa a la competición con los países más desarrollados, nos coloca, por así decirlo, en la modernidad; por otro lado, nos confrontamos cada vez más con nuestro atraso que se retrata en las condiciones sociales en que vivimos, por la paralización de nuestros agentes institucionales frente a la realidad económica globalizada.

Impactos de la economía globalizada en la vida de los actores urbanos

La ciudad moderna es el medio de acceso a una enorme gama de servicios indispensables para que el ciudadano pueda materializar sus condiciones de subsistencia. Para esto ella constituye el local privilegiado del consumo. Cada vez más, sin embargo, se establecen paradojas discursivas en la ordenación de la vida cotidiana y estas paradojas se materializan dentro de los límites urbanos.

Como se dijo en la introducción de este trabajo, las reflexiones sobre la facticidad y la validez pueden ayudar a entender la problemática propuesta en el escenario configurado en las líneas anteriores. Según la visión de Barbara Freitag: la facticidad se refiere a una realidad social oriunda simultáneamente de dos fuentes: a) de procesos históricos y sociales espontáneos, cuya normatividad puede ser atribuida al sentimiento comunitarista y a la tradición; y b) de prácticas normativas, deducidas de la legislación vigente. Tal facticidad solo tendría validez, ética y jurídica si las normas y las leyes que la rigen hubieran sido elaboradas según normas y criterios discursivos.(Freitag, 1995)

En el contexto circunscrito a estos dos conceptos, por tanto, podríamos identificar dos paradojas fundamentales, al romperse el eslabón de la validez que existiría entre el discurso normativo y la experiencia vivenciada por los agentes sociales.

Una paradoja económica se identifica en la tendencia mundial del capitalismo moderno que pretende, por un lado, realizar cada vez más tareas con un número menor de trabajadores, creando el desempleo estructural; y que, por otro lado, necesita siempre más de consumidores aptos a realizar el circuito de la mercadería.

Al mismo tiempo en que la sociedad moderna tiene que construir una discursividad de la incorporación vía mercado de consumo, los trabajadores son tendencialmente dispensados vía mercado de trabajo. Todo el esfuerzo de los medios de comunicación comerciales, toda la inteligencia dirigida al campo de la propaganda, bombardean día y noche a los posibles clientes, abriéndoles posibilidades de ejercer su ciudadanía económica, incorporando derechos a una vida más confortable a través de productos cada vez más tecnológicamente correctos.

Datos obtenidos a partir de la realidad de los países desarrollados nos dicen, en contraposición, que según el Community Service Society, la ciudad de Nueva York cuenta con 1,9 millones de personas viviendo por debajo de la línea nacional de pobreza.

En Francia, se estima que hay un millón de personas viviendo con la renta mínima que les paga el gobierno, mientras que los datos divulgados por la policía de París revelan que a los nueve mil mendigos tradicionales vienen juntándose quince mil personas más, sin hogar, disputando los puntos turísticos de la ciudad.

Una investigación encomendada por el gobierno británico indicó, en 1992, que 13,9 millones de personas vivían por debajo del nivel de la pobreza.

Según la United Nations Commission on Trade and Development, el desempleo en países desarrollados alcanza 34 millones de personas, con un porcentaje de desempleados en Europa que subió de 8,8, entre 1990 y 1993, hasta 10,2, en 1994.

Es de esperarse que los países que están ajustándose a las reglas de competitividad del mercado global a través de ajustes monetarios no estén en mejor situación. El presidente argentino Carlos Menem fue reelecto en un período en que la Argentina registraba una tasa de desempleo de 18,6%.

Una investigación hecha por la empresa Datafolha, en 1996, revela que 38% de los mendigos de la ciudad de São Paulo viven en las calles hace menos de un año, o sea, durante el período de ajuste de la economía brasileña. Se calcula que en la ciudad de globalización São Paulo existan cinco mil residentes de la calle, eufemismo considerado políticamente correcto para identificar a los mendigos.

Estos datos son más que suficientes para caracterizar el proceso de ruptura por el cual estamos pasando. Es importante que no se haga un diagnóstico del actual momento como una disfunción coyuntural que será revertida favorablemente en el futuro. La crisis estructural creada por la economía globalizada viene sustrayendo puestos de trabajo en el mundo entero, tanto en países desarrollados como en países emergentes.

Por tanto, nuestra sociedad comunicativa no tiene capacidad de mediar la paradoja creada en el campo económico entre el mercado de consumo y el mercado de trabajo.

Al mismo tiempo, la otra paradoja constituye una paradoja política, totalmente vinculada a la discursividad de la Democracia. En la reunión de la LASA de Atlanta (Bizelli, 1994), al final de mi presentación, preguntaba si sería posible pensar en un paradigma democrático que atendiera a algunos requisitos, entre ellos:

- fortalecer a los agentes en las disputas durante la toma de decisiones, creando una ingeniería institucional que sea permeable a los intereses de los grupos sociales internos;
- emancipar gradualmente a las naciones, tanto individualmente como en bloques regionales, frente a los intereses defendidos por otros países en el juego internacional.

No hay la menor duda de que estos temas, en el ejercicio de la construcción discursiva, abren la posibilidad de transformaciones internas -- en la relación de los grupos sociales con intereses distintos (ricos y pobres, por ejemplo) -- y externas -- en el juego globalizado de los intereses internacionales; pero todo esto como una facticidad en busca de una validez que no puede ser encontrada.

En julio de 1995, el historiador Eric Hobsbawm concedió una entrevista a un diario brasileño, en la cual decía: Existe una sensación creciente entre las personas pobres de que ellas no tienen poder para influir en los acontecimientos del mundo.

Cada vez más las personas pauperizadas tienen la sensación de que no ejercen ninguna influencia en los rumbos concretos de la sociedad en que viven, de que su propio querer no significa nada. Pero al mismo tiempo ellas son llamadas a participar en la elección de los gobernantes que decidan sobre los destinos de la Nación. A través de los medios de comunicación se presentará la imagen mítica de que cada ciudadano, ejerciendo su derecho al voto, estará llevando sus demandas a los centros de decisión.

Las poblaciones pauperizadas, sin embargo, presienten la ruptura existente entre participar de las elecciones de los líderes sociales y ver sus necesidades satisfechas, presienten la fuerza de estructuras jurídico-institucionales que configuran la acción de los líderes electos de forma a seleccionar aquellas demandas que pueden ser satisfechas y las otras que sirven para ganar las elecciones pero no sirven para gobernar.

La diseminación del ideario liberal en los últimos tiempos, permite que haya hoy otra certeza, la de que, por un lado, el Estado Nacional es incapaz de promover la justicia social a través de mecanismos fiscales de redistribución de rentas(3), y, por otro, que la Democracia es solamente un medio civilizado de convivencia entre intereses que consiguen levantarse hasta las luchas gubernativas, defendidos por actores políticos comprometidos con estos intereses, lo que desacredita, de modo incontestable, a los actores políticos y a la política como posibles canales de transformación sistémica.

Estamos ante una aldea cada vez más globalizada, en la cual se levantan muchas voces para enaltecer la victoria de una forma de producción